

tente, para demostrar como las ideas más abstractas descienden de la conciencia á la realidad, y como la realidad á las ideas se ajusta, cual á su troquel la moneda, y los objetos fundidos á su molde. Lo cierto es que la inmutabilidad de las constituciones sociales, deseada por las escuelas históricas, desmiente y contraria el destino de la humanidad, que es la perfección gradual y progresiva. El género humano, más sometido hasta aquí á la sensibilidad que á la conciencia, habrá podido dar mayor crédito á la fe que al raciocinio, ó mayor precio á la tradición que al derecho. Sus tutores, comprendiendo esto mismo, y explotando el atraso á que han contribuido, pedirán la continuación de la tutela, á fin de educarle y darle más conveniente cultura. Mas ¡ay! que ninguna educación posee virtud bastante á elevar, á moralizar al hombre, á darle dignidad para sí, autoridad sobre sí mismo, sino aquella que inspira por su origen ó su naturaleza en la razón libre, y que se dirige por su fin ó por su objeto á la seguridad del derecho, concluyendo por decir á los tutores del género humano aquello mismo que el filósofo decía al conquistador griego cuando le quitaba el sol: «Señor, apártate, que me quitas el calor de la libertad.» Justifíquese como quiera, la tendencia de las monarquías es fatal, necesaria á recabar dentro del Estado poder sin límites, al absolutismo; y fuera del Estado, imperio sin fronteras, la conquista, la dominación universal. La monarquía supone el principio de que los hombres pueden ser propiedad de otro hombre, del monarca. Y el hombre es propiedad de sí mismo. Como si el Rey le hubiera dado sus derechos, se atreve unas veces á negárselos, otras veces á restringírselos. Y el Rey no ha dado sus derechos al hombre, sino la naturaleza. No ya el Rey, el Estado mismo, aun el más democrático, aun aquel regido por todos los ciudadanos, puede dar ni quitar el derecho, ingénito á nuestra personalidad. El hombre es primeramente espíritu; y como espíritu, sólo tiene un soberano, la razón; sólo un juez, la conciencia; sólo un código, la moral. Pero el hombre no vive aislado en su personalidad; el hombre vive también socialmente. La ley positiva es bajo esta relación su regulador; pero la ley positiva debe consagrar el derecho natural; los demás hombres deben ser sus jueces, pero en la más perfecta igualdad. Por una serie de contratos políticos necesita el ciudadano armonizar su soberanía individual con la soberanía de los demás individuos, en Estado donde sea el poder expresión de la voluntad general. Mas en estos contratos no puede jamás el hombre abdicar derechos inalienables, por ser un contrasentido que pueda la inteligencia no pensar, y la voluntad no querer; la inteligencia dejar de entender, y dejar la voluntad de tener voluntad. El hombre posee derechos, á ser en la sociedad lo mismo que en la naturaleza; á ser ante las leyes lo mismo que es ante el universo, una persona y una persona libre y responsable. Cuando la Filosofía llegó á este punto, pudo y debió descansar como el Dios de la Biblia, después de haber creado al hombre. En el seno del antiguo paria, bajo la piel del esclavo herida por el látigo, en la ignominia de los vasallos que llevan la marca de sus reyes, la corona de sus señores; en la profunda humillación de los oprimidos,

bajo todas las cadenas y todas las mudanzas, do late con el alma una conciencia, late con ellas una personalidad libre, hija de las fuerzas divinas de la naturaleza, suprimida, borrada por los errores de la sociedad; pero que al erigirse audaz sobre el potro de sus tormentos, reclama una ley tan real y tan armoniosa como la ley que sostiene con su atracción los orbes; reclama por racional, por libre, por responsable, la ley de su derecho. Justo es decir que no siempre Fichte conservó este concepto sereno de su propio ideal, y esta fidelidad inquebrantable á sus principios. En otras obras escritas más tarde que las consideraciones sobre la revolución francesa, cayó del extremo individualismo en el extremo socialismo, y dió facultades al Estado que el Estado no podía tener sin mengua de la libertad. Pero estas inconsecuencias, comunes á pensadores que han vivido ante el público, en relación incesante con el público, no deben extrañarnos á los que sabemos cuánto empañan los vapores de los hechos la serenidad de la conciencia. Pero no puede juzgarse la vida del hombre por el desfallecimiento momentáneo, ni la obra del filósofo por la desviación excepcional. En todo el conjunto queda siempre un resultado, que es como el substrato químico, lo esencial del sistema. Y el sistema de Fichte puede definirse, llamándole con claridad y exactitud reivindicación vigorosísima de la libertad y de los derechos fundamentales del hombre. Si alguna duda pudiera quedar, desvaneceríala su campaña contra la escuela histórica, contra esa escuela que tanta levadura reaccionaria ha mezclado en el ser y en la vida de la docta Alemania.

Nunca nos cansaremos de mostrar el nexo de relación entre las ideas y los hechos. Como el mar se tiñe del cielo, se tiñe del pensamiento la vida. Mientras los revolucionarios deponían el fetichismo y los fetiches sociales en Francia, deponían los filósofos en Alemania el fetichismo y los fetiches ideológicos. Suele poner la pintura medioeval en lo alto de sus frescos y cuadros legiones de ángeles combatiendo, si pintan una batalla, en pró de los combatientes por la que juzgan ellos una buena causa. Pues las ideas científicas esgrimen sus espadas incruentas y baten sus alas espirituales sobre los soldados del progreso; y las ideas escolásticas esgrimen sus espadas y baten sus alas sobre los soldados de la reacción. Un eximio filósofo ha reducido el combate de los tres últimos siglos á la célebre lucha entre masones y jesuitas, representando éstos la reacción ultramontana, y representando aquéllos la moderna libertad. ¿Cuánto lapso de tiempo transcurre desde que los platónicos de Florencia primero, y luego los sabios y naturalistas como Copérnico, por ejemplo, de un lado, rompiendo la campana neumática del antiguo saber cosmológico, y Bacon y Vives, de otro lado, reemplazando los fantaseos de la tradición escolástica con el criterio de la experiencia, derriban todos los ídolos de la Edad Media y generan el pensamiento de Descartes, sobre cuya base había de reposar todo el movimiento individualista? La ciencia parece inmóvil, como los incoloros y fríos ventisqueros coronando con sus nieves eternas las cumbres inaccesibles; pero, poco á poco, se filtran sus ideas en lo más hondo del pueblo,

como se filtran las nieves en lo más hondo del valle. Todos los revolucionarios franceses tienen un autor literario, amén de un autor científico, bien sea viejo, bien sea moderno, cuya vida les sirve de norma, y cuyo pensamiento les sirve de ideal. Camilo Desmoulins ha trabajado su gracia nativa en el estudio de Aristófanes y en el estudio de Luciano, sus dos maestros clásicos, cual es Voltaire su maestro moderno. Lameth, Barnave, madame Staël juran por Montesquieu, teorizante de la monarquía constitucional. Sustituye madame Roland su libro de misa con el libro de Plutarco. Resume Condorcet la fragmentaria Enciclopedia, y prepara el Pintorismo contemporáneo. Robespierre es Rousseau en acción, como será Bonaparte después Robespierre á caballo. En Diderot se inspirará Dantón. Y seríanos imposible comprender este individualismo del siglo décimo-nono, que historiamos con satisfacción y placer espirituales tan enormes hoy, si no dejásemos aquí escrito que su alma, el alma de su alma estuvo en la filosofía de Fichte y de Kant.



CAPÍTULO NOVENO

El cristianismo á comienzos del siglo XIX

Como hemos dicho muchas veces en el curso de estos trabajos, y nunca nos cansaremos de repetirlo: el movimiento religioso trasciende al movimiento político en Alemania mucho más que en ninguna otra nación. Nosotros, acostumbrados de antiguo á la indiferencia arraigada en el ánimo de razas que profesan un solo culto y tienen de grado ó por fuerza una sola religión: habiendo recibido con glacial indiferencia las cuestiones suscitadas sobre la autoridad del Concilio que declaró dogma la Concepción inmaculada de María y sobre la naturaleza del nuevo artículo, añadido á la antigua fé, del artículo relativo á la Infalibilidad del Pontífice; nosotros que, puestos á creer, nos da lo mismo añadir que quitar un milagro á la lista de nuestros milagros, un santo á la letanía de nuestros santos, no podemos comprender ni explicar cómo las razas germánicas, sobre todo sus familias protestantes, que leen y comentan los libros religiosos, casi vedados á nuestra humildad, se apasionan hasta el fanatismo por la versión ó las interpretaciones de algunos versículos de la Biblia, por la época en que se escribieron y publicaron algunos capítulos del Evangelio, por la creencia en el libre albedrío ó en la gracia; cuestiones ni siquiera discutidas en nuestras escuelas de Teología, las cuales someten su criterio al fallo inapelable de la tradición y sus enseñanzas á la autoridad infalible de la Iglesia. Mas, parando mientes en el influjo que ha tenido la religión sobre la vida de estos pueblos, se alcanza toda la importancia política allí conseguida siempre por ideas y problemas, apenas sostenidos por nuestra fé rutinaria en